

PORTE PAGO

LA PROTESTA

PORTE PAGO

Elector y Candidato



Disculpe, amigo, no puedo atenderlo, ya vé tengo la boca llena....

Obreros, no voteis

Antes al "pueblo soberano" se le llamaba a ejercer un derecho, el de elegirse los amos, ahora se le llama, habilitando con un derecho que no le pertenece, a votar. Los demagogos de la humanidad no contentos con regimientar al niño en la escuela y al hombre en el ejército, crean cada día nuevas leyes que no tienen otro objeto, ni otro resultado, que envolver a los dominados en la mala suerte y apatía de las constituciones y los códigos.

La ley del voto obligatorio no es otra cosa que un nuevo hilo de esa malla. Andando el tiempo ella agregará una parcela más de esclavitud en el alma del pueblo, antes que momentáneamente implique un desengaño de los partidos demagogos, verdaderos pescadores de río revuelto, en este caso, que no tardarán en evidenciar su verdadera ciencia.

Más, con imposición gubernamental o sin ella, la mayoría de incautos ha de ir, en las elecciones que se avocan, a hacer el voto gordo a la minoría de pillos, como siempre ha ido. Es fatal que así sea.

Societas, radicales y civicos actúan por ahí pregonando las virtudes de sus candidatos y de los programas respectivos que éstos propondrán una vez sentados en las bancas hasta hoy vacías. Vocan como impios rematadores de falsa mercancía. Producen una sensación de asco con su retórica impudorosa. Ofrecen al pueblo, como siempre, hacer "la luna"... Y lo peor es que las gentes hacen caso de ellos, esperan conseguir algo de tan inabundantes charlatanes.

¡Cuidado! Aprenderemos que nunca nació un solo progreso humano de asamblea representativa alguna y que el soberano es la peor remora del avance social hacia lo mejor y lo más justo.

No, camaradas, no voteis; votar significa abdicar de la personalidad; votar significa abdicar voluntariamente el amor que ha de organizarse; votar significa negar la acción directa engendradora de todos los progresos; votar significa una imbecilidad.

No abdicéis, pues; no os deis; no améis; no neguéis la revolución salvadora, no améis imbecilidades.

Obreros, no voteis!

La Redacción.

Temas de sobremesa

Voz de alarma

He de dar la palabra de alarma respecto a lo que observo, de un tiempo a esta parte, en la mayoría de la prensa anarquista. Son mis las críticas que los exponentes o los propagandistas; más los que entran y no salen una personalidad, mordiendo o aplaudiendo a los otros, que los que logran hacer las cosas laborando sencillamente porque el problema social sea comprendido por el mayor número. Los Kropotkins existen pocos. En cambio los "maestros", que siempre tienen algo que indicar, abundan. No importa que en cuanto de vista sea salgan moviéndose como un blanco en el Océano; no importa que no tengan ni pueda expresarse una norma, una base conocida para acomodar a ella las acciones.

Ellos son sin norma ni aprensión, y con que critiquen o indiquen algo ya basta. Con claridad, no han querido nunca lo que quieren. Frequentemente tratan de justificarse con el atomismo, que es también una aprensión, y de la peor especie. Pero así esto a excusar que acciones son las que prefieren en el orden social—acciones que se han de hacer para "salvar"—que transformaciones se han de intentar, es lo que nos rodea y en nosotros mismos, para cambiar el estado de cosas, los "maestros" han permitido siempre mudos o han salido del paso con largas y tartamudeando.

El resultado que para la congregación y el estudio de los problemas sociales trae todo esto, es profundamente de ordenador. El exceso de crítica, y no de crítica social, humana y sencilla como la crítica Kropotkiniana o la crítica de los viejos anarquistas, ha traído, para nuestra prensa y para

nuestra literatura, una decadencia. La crisis de la expresión, a su vez, Kropotkin está en pie como el último médico. No nos quedan apenas desentrañadores de la cuestión social, sociólogos verdaderos. Por sus razones, muy poco de lo que se continúa ya de lo mío y de lo vuestro que hay en esta sociedad. En cambio, por una libertad a lo Schopenhauer, se combate eso mismo y así todo, llegando en algunos casos hasta a asombrar una punta de "quietismo" a la señora de Chantal.

En todo y por todo, los "maestros" es, en mi opinión, el mayor peligro. Genuinamente, usando de injeridas palabras, de comparaciones, felices como "agarrarse a un clavo ardiendo", etc., tratan de buscar algo que indiquen en este sentido. ¡Nuestra educación les interesa y no ningún problema social! Y aún en algunos, no los menos, tranquilamente reducen a ella toda la cuestión.

Nuestros tanto, estamos en crisis de exorcismos y propagandistas. Sobran los "maestros" y todos languidecemos. Nos para lo que a las comisiones cuando tienen exceso de maños, sólo para que las reñan estén, bien servidos.

Do la palabra de alarma para que volvamos de estos pasos.

Objetos anarquistas

¿Por qué hay necesidad de decir que para las emancipaciones trabajadas por el liberalismo burgués, los anarquistas resultamos una cosa completamente opuesta. No pueden comprender que nos oponemos a muchas reformas que para ellos debían sernos gratas, y menos aún comprenden que no queremos ni mucho ni las posiciones liberales que con la mejor buena fe ocupan. Experimentan estorbo y asombro que los tengamos en pie, cuando ellos creen hacer tanto y tan bueno; los parecemos anárquicos; estorbamos en lo posible por hacer cosas que se aproximan tanto a nuestras ideas que parecen ellas mismas; mudarse, agitarse, estremecer la sola idea, por si en esta idea la que en ellos se edifica de menos; próstase a acompañarnos, convarnos, asistimos, y lo hacen con toda voluntad y diligencia; hacen en fin cuanto pudieran porque de nosotros participan el reconocimiento de su acción; porque de nosotros se libera la humanidad al menos de que jueces; que, por ese camino, al decir algunas cosas nuestras, aumentará o reducirá su esfuerzo.

No desearíamos más que esto para tenderlos en pie y darlos la mano que pidiéramos. ¡Cuánto no me gustaría a los que desde esas posiciones lúidas con ardor, la ausencia de los anarquistas! Pero no puede ser: ellos son burgueses liberales y nosotros anarquistas. Aun para las cosas más requietas, de solo valor práctico, lo que podemos pensar hacer los anarquistas es inabundante en el liberalismo burgués. No tenemos ni podemos aspirar a tener puesto algo dentro de ese liberalismo.

Si miramos, desde el punto de la consecuencia de las ideas, el camino recorrido por el Partido Socialista, por ejemplo, veremos que doctrina ha creído tener este partido señalado dentro del liberalismo burgués, ha sido aborrido por este liberalismo. Y una vez aborrido, el socialismo ha tenido que resquebrajar una cosa extraña. Tenemos la prueba con nosotros que, siendo de un origen común con todos los socialistas, habiendo hablado mucho tiempo casi el mismo lenguaje, resultamos hoy una cosa exterior para los Partidos Socialistas que están en el poder o que aspiran a él, rechazados para las ideas un puesto en el liberalismo burgués. Y de eso que daban hacia la burguesía liberal, ha sido tanto mejor convencido por los socialistas, que éstos pusieron un término a las discusiones, las polémicas, las controversias con que sus aliados trataban de aclarar o definir, su ideal, el convenio de los socialistas de todas las tendencias. Cortaron definitivamente con ellos—para embarcarse en las aguas pantanosas del liberalismo burgués.

¡Amigos! ¿Pueden que está dentro la adversidad, transformándose de anarquistas, bueno es que no entendamos para todas las cosas, que los venimos, de nos nos querían hacer puesto o bascular más crédito dentro de que liberalismo. Los reformadores desean nuestra neutralidad, como la han conseguido con los socialistas; los segundos podrían obtenerla si los anarquistas. Que tiene que llevar el liberalismo burgués, nunca ni en ningún caso podemos hacerlo nosotros. No venimos a sustituir a la burguesía liberal, ni tampoco a competir con ella, abdicando dentro del orden actual su objeto. Van más las cosas nuestras por esa vía.

El anarquismo no puede ser un símbolo fúido que desde cualquier parte se lance y siempre con el mismo resultado. Tiene objetivos definidos y precisos en los que únicamente puede vibrar, existir íntegra y completamente. No son las palabras anarquistas, cualquiera que sea su grado de claridad o la oportunidad de tener su eco en un auditorio, sino los "objetos" anarquistas la mayor afirmación. Nuestro ideal cambia radicalmente los objetivos de la burguesía liberal. Afirmamos objetivos anarquistas.

T. Anitelli.

Una carta

Compañeros de LA PROTESTA

Los dos artículos del compañero Julio Robles, aparecidos en las columnas de este periódico, me han causado un profundo malestar. Desde el rincón apartado en que me encuentro, lejos del punto céntrico, de gamo así, de la propaganda anarquista; solo, casi, en este ambiente de una idiosincrasia completamente apática, como no sea moviendo de bullantura política, a cuya cabecera figura siempre esta especie de "Don Rodrigo" que llamase comisario departamental, he considerado LA PROTESTA, cual exponente de una fuerza superior que agrupa en él las actividades anarquistas, espontáneas y desinteresadamente, en beneficio exclusivo de los ideales que ella encarna.

Y los veo yo, en mi imaginación de viejo consumido por el trabajo y la maldad del mundo, a esos anarquistas jóvenes, entusiastas, espárcidos acá y allá propender humanamente, fraternalmente, a un único objeto trascendente: La elevación de LA PROTESTA.

Después de las verguenzas del cenenario, declamo, cada más dieno que restaba, hacer más grande aquello mismo que ha sido destruido por las hordas salvajes de ego de reparación y de afirmación; y de escamotear para estos fariseos contemporáneos.

Schémeme Robles me ha hecho dudar. Pero es cierto que entre los anarquistas también hay indiferencia y desesos de lucro? ¿Es cierto que LA PROTESTA no se paga?

Basta. Me gustaría ver aclarado el punto; pero a condición de que la obra adelante, de que LA PROTESTA viva y triunfe. Si no....

Copero mi amistad con mi grupo de arena, acompañado cinco pasos PRO DIA RIO.

Suvo y de la causa.

Yaqueri, Marzo 18 de 1913.

N. de R.—Por su indole, creo que esta carta no ha sido escrita para la publicación; pero, dadas las condiciones que vieren, y el ejemplo que de ella pueden extraer algunos compañeros, gustoso la publicamos.

Federación obrera regional argentina

5ª CONFERENCIA PUBLICA
QUE SE EFECTUARA
HOY DOMINGO 23 A LAS 3 P. M.
EN LA PLAZA BELGRANO
CALLE JURAMENTO Y CUBA

Compañeros:

Esta vieja y luchadora institución que fue siempre un baluarte de defensa y un dique puesto al avance de la explotación capitalista y la tiranía del estado, surge hoy a la lucha dispuesta a sostener bien alto el pendón de las reivindicaciones proletarias y constituye una fuerza que inteligentemente orientada sea capaz de contrarrestar el avance, siempre creciente, de la ignominiosa explotación del capital y las mil veces odiosa tiranía del estado.

Consecuente con estos propósitos y entendiendo que el único medio de crear esta fuerza está en una sólida organización, esta federación ha iniciado una activa campaña tendiente a organizar a todos los obreros que hoy por distintas causas permanecen alejados de los sindicatos.

El proletariado argentino, que a despecho de todas las travesías que se le han puesto en la marcha ascendente hacia su emancipación social y económica, ha sabido mantener su gloriosa tradición revolucionaria, no dudará de responder con entusiasmo a estas ideas, que dado el noble fin que los inspira, serán demostraciones elocuentes de la conciencia colectiva, dispuesta siempre a defender enérgicamente sus coros ideales de libertad y bienestar económico.

El Consejo Federal.

PENSAMIENTOS SOBRE POLITICA

(resaca)

Los obreros podrían crear un tiempo que el voto les representaba alguna libertad positiva, y desde luego la de constituir el gobierno por delegación de la soberanía por sufragio proclamada. Tan pocos libertades daba en suma la autoridad, que valía la pena ejercerla así. Hacerlo, como tal, un caso de dignidad, así como no darse a perder el precioso derecho, una pena superior de coraje cívico. Entonces, la

habría parecido monstruoso constituir en deberes coercitivos la dignidad y el coraje; vicios y moralmente hablando, así es en realidad.

Pero los pueblos han descubierto que aun votando allá donde los dejan porque eso no estorba, no existe en el hecho tal soberanía ni tal delegación. El delegado, en todas partes, hace con el soberano lo que se le antoja. Empezando por lo más grave, o sea los asuntos internacionales que pueden con prometer irrevocablemente la paz y el territorio de la nación, los gobiernos—de testados—se escudan con el secreto diplomático, indisponibles, según parece, para arreglar o descomponer las cosas sin intervención del pueblo soberano. Los mismos representantes que dichos pueblos se adjudican o le dejan darse en las elecciones, lo ignoran con frecuencia; y es lo que acabe de verse aquí con motivo de los asuntos marroquíes. El parlamento y el pueblo ignoran los dos tratados secretos con Inglaterra y con España, aunque están documentados con ellos desde años de rigor. Sin embargo, esa política puede costar al soberano, en cualquier momento, su dinero y su sangre, su territorio nacional lo existe; pero ¿de qué demuestra sirve la existencia soberana, si la misma seguridad del soberano obliga a prescindir de ella?

Sucede lo anónimo en los asuntos internos. La policía es un poder que escapa al control del pueblo, aunque se trata de un terrible instrumento de abuso. Los representantes parlamentarios se hallan a lo interno de su voluntad. El pueblo libertad de todo ciudadano dependiente de su documentación secreta. No hay virtud que resista a sus asechanzas. Todo el mundo sabe eso, más o menos, el vicio y el crimen la subvención, de manera que no los resiste sino cuando le conviene. El pueblo aborrece por lo regular a la policía. Teóricamente, sin embargo, el soberano a quien ella sirve; prácticamente, el que para ese instrumento de su corona opresiva.

La justicia procede con mayor absolutismo todavía. Además de su inmovilidad, no es el pueblo quien nombra los jueces. Tampoco puede nada contra sus abusos. El pueblo, a su vez, defiende del juez en la realidad de las cosas. En la teoría, democrática, el juez es un delegado del pueblo, como todos los demás funcionarios....

El ejército constituye una casta aparte y superior al pueblo, su poder soberano que delega y que paga. Y así sucesivamente. Toda la institución del gobierno, fundado teóricamente en la soberanía popular, es prácticamente la negación de dicha soberanía. Hay al respecto, una remota concordancia. Cuando ese principio de la soberanía tuvo cierta importancia práctica, porque a los políticos liberales les convenía, se les pasó al poder el gobierno. En la teoría, cuando, más allá, demostrado ya, la política que aquellos políticos encaban, brados al gobierno, son exactamente como los otros; es decir, restados por la República o las instituciones representativas e imperio del duma de obediencia, el principio de autoridad, que es lo interesante para la teoría, sea reconocido en la realidad y las instituciones representativas, sea basadas, sin embargo, en aquel mismo principio. Pero basadas teóricamente, es decir, reducidas a meras "formas" de gobierno con las cuales es compatible el principio de autoridad o duma de obediencia, tan intacto como antes bajo los regímenes absolutistas.

Por otra parte, es singular la predilección que manifiestan los gobiernos a la libertad del sufragio. Representantes en la sociedad del principio conservador o de resistencia, los gobiernos tienden siempre a restringir el uso de la libertad bajo todos sus aspectos; porque cuanto menos libertad hay, más gobierno son o ejercen. Formas distintas del despotismo original, todos son iguales en esto, y así aquí porque la justicia, la policía, el ejército, las constituciones, es decir los medios directos de opresión y de explotación, son también iguales bajo todos los regímenes. Libertad y obediencia son términos incompatibles, radicalmente antagónicos, porque necesariamente se niegan. Da manera que cuando una libertad cualquiera resulta científica al gobierno, es por esto mismo, una libertad muy sospechosa.

Tal sucede con ese sofismo del sufragio, particularmente grato a los políticos, es decir, a los profesionales del gobierno. No sólo consiste en asegurar de la libertad más hábil la explotación del pueblo por medio de la comedia electoral. Es un vicio práctico en que todo el mundo, abandonando esta institución en su esencia, desearía de la patria, autorización al mal gobierno. Por supuesto que semejante opinión pertenece siempre a individuos que desean ser electos. En un mundo donde esos está presente el candidato. Todo el mundo debe elegir, pero se sobreentiende que elegidos a ellos. Si así no resulta, o mejor dicho, si así amenaza no resultar, el gobierno empuja al pueblo.

